

## El *Lazarillo*: hacia una problematización del género picaresco.

Juan Manuel Cabado  
CONICET /UBA

**Resumen:** el origen de la picaresca, y por qué no de la novela moderna, está asociado a la utilización y a la subversión de los géneros tradicionales, a partir de una compleja articulación estructural y episódica, proyectando un análisis sociológico integral y trabajando en múltiples niveles de significación en cada uno de los elementos estructurales del relato. La especificidad literaria puede pensarse entonces, como un proceso complejo y multidisciplinario que no pierde de vista en el tratamiento de los diversos planos de análisis, su objetivo central: el de ser una obra de arte que apunte al goce estético.

**Palabras clave:** Lazarillo – picaresca – realismo – sociedad – pobreza.

Que el autor anónimo eligiera como personaje central a un actor social omnipresente y conflictivo no fue casual. El pícaro-mendigo evidenciaba la falta de misericordia y la hipocresía de las clases altas mostrando, a su vez, el grado de descomposición social de las clases bajas, donde un niño de esas características debía criarse reproduciendo el modelo social de mendicidad. El *Lazarillo* es un texto fundante, no solamente por su verosimilitud. Ésta se pone al servicio de una crítica sistemática de los estamentos sociales de la época, poniendo los recursos ficcionales en función de una desautomatización perceptiva que permita reconocer los problemas cardinales de una sociedad en crisis.

En la obra se evidencia el trueque de todas las relaciones humanas en relaciones monetarias. Alimentarse, en el ámbito urbano, implica poseer dinero y, faltando éste, se genera una necesidad fisiológica imperante: el hambre. Ésta impulsa al personaje a buscar su sustento y para ello agudizar su ingenio y recurrir a *la traza*.

Como sostiene Agnes Heller (1996:57 y ss.), existen necesidades alienadas (determinadas históricamente, p.ej. honra, lujo) y el límite existencial para la satisfacción de las necesidades (lo que vulgarmente se denomina necesidad natural o fisiológica). El *Lazarillo* pareciera ser uno de los primeros textos que logra “diagnosticar” la incidencia de estas necesidades no radicales y problematizarlas a través de una narración verosímil. Cuando el dinero se introduce como único mediador de las relaciones sociales, y las “necesidades naturales” no pueden ser saciadas instintivamente, se hace indispensable una adaptación al medio de circulación monetario que permita al ser humano calmar primero el hambre y luego las necesidades creadas por el hombre. El escudero ejemplifica a quien coloca las necesidades alienadas sobre las instintivas, prefiriendo el hambre y la sed antes que perder la honra.

La sentencia de la crítica acerca de que la literatura debe permitir el reconocimiento de lo habitual automatizado, funciona a la perfección dentro de esta primera argucia realista: “Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas” (3).<sup>1</sup> Lo que ha de relatarse es de público conocimiento, sin embargo el grueso de la sociedad pareciera no *reconocer* esa realidad en la que está inmersa.

El texto, en su corporeidad, se presenta igual que aquello a lo que se dirige el foco de sus críticas: la caridad. El prólogo nos plantea: “los gustos no son todos uno, mas lo que uno no come otro se pierde por ello, y así vemos cosas tenidas en poco de algunos que de otros no lo son” (4). Se desprende un sistema de “rebalse” tanto de la riqueza acumulada como de la densidad significativa. En ambos casos se paliará la situación de aquellos que no disponen de recursos, tanto materiales como de competencias lectoras.

Desde el primer episodio percibimos uno de los tópicos críticos que instala la literatura picaresca: el dinero compra todo, incluso los prejuicios y condiciona las relaciones sociales. A partir del reconocimiento de las injusticias que recaen sobre su entorno Lázaro reflexiona: “No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda e otro tanto” (19). Aquí el problema del reconocimiento se asocia a las diferencias que hace la justicia social y legal para con los distintos estratos

---

<sup>1</sup> Anónimo (1998), *El Lazarillo de Tormes*, ed. F. Rico, Cátedra, Madrid. En adelante se cita la página según la presente edición y la *Introducción* con asterisco como figura en la misma.

sociales. Apreciándose dos tópicos que también serán importantes en el desarrollo del género: la crítica al sistema judicial y la configuración de la estructura narrativo-descriptiva en función de una profunda crítica de los diversos estratos sociales en crisis. Lo central estaría en la autorreflexión y la autocrítica, patentes en las últimas palabras de la madre: “Válete por ti” (22), cuyo doble sentido comporta que Lázaro consiga sustento por sus propios medios y que su “valor” lo consiga por sí mismo y no por la apariencia que el dinero brinda como sostiene Marx en sus *Manuscritos* (2004: 181).

El *valor* que adquirirá Lázaro a partir de este episodio se relacionará con sus posibilidades de capitalizar la experiencia a partir del aprendizaje. Las diversas trazas que realizará implican poder aprehender la situación y a partir de ella generar una solución a una dificultad específica. Si bien la anécdota del toro se suele aplicar al renacer de Lázaro, no hay que olvidar que se intenta, también, iniciar al lector. El relato se abre con una advertencia sobre la ingenua credulidad sugiriendo una atención crítica para quien se adentre en la “realidad” textual.

La exacerbación del individualismo es ostensible a lo largo de la obra. El “solo soy” que reconoce Lázaro desde el inicio del relato no es meramente una percepción particular, sino que se recorta contra una sociedad que ha anulado por completo el sentido caritativo. Si se lanza a un niño a los límites de su supervivencia física, difícilmente su futuro pueda ser prometedor. Implícitamente surge la pregunta: ¿qué le hubiera sucedido a un niño sin la astucia de Lázaro? Él mismo lo contesta: “si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre” (27). Si las trazas de Lázaro sorprenden por su agudeza, detrás de la broma subsiste la terrible realidad de los que no pudieron ser tan astutos.

En relación con la jerarquía social, se destaca que es mayor el valor de quien ha conseguido determinada posición con esfuerzo y trabajo. Se intenta, así, desarticular una cultura del ocio, propia del período. Las diferencias sociales y sus problemáticas inherentes manifiestan su persistencia en el tiempo a partir de la construcción genealógica mostrando el carácter repetitivo y estructural de las mismas. La primera traza que nos describe el protagonista es la de “sangrar el avariento fardel”. Al igual que su padre y su padrastro, sobrevive de lo que puede robar a los que acaparan.

El ardid de Lázaro de cambiar blanca por media blanca es una crítica del sistema de especulación financiera a través de una representación episódica. El desplazamiento metafórico que convierte al cuerpo de Cristo en dinero (Lázaro lleva la blanca en la boca como si fuera una hostia) se dará como un tópico recurrente en el *Lazarillo*, señalando la hipocresía de una sociedad que se dice cristiana rindiendo culto, en realidad, al capital.

También, debido a la especulación y a la avaricia, el sentido primitivo del rezo se pierde convirtiéndose en un “producto” vacío que entra en el mercado de la oferta y la demanda en donde se baja la calidad para obtener la misma ganancia sin duplicar el trabajo –El ciego “abreviaba el rezar” – (30). Además, el bajo precio también se da por la necesidad de la competencia entre pares que ofrecen lo mismo denotando la multiplicación de la mendicidad profesionalizada. El aumento de los mendigos –metáfora de todos los que “sangran” el costal, es decir, de todos los estratos improductivos– tiene como consecuencia el detrimento cultural, social y religioso de la sociedad en su conjunto.

El episodio del vino –sangre de Cristo–, en donde Lázaro es castigado severamente, seguiría una estructura similar en donde la ostentación entre iguales genera la codicia e instaura uno de los tópicos picarescos: la venganza. Asimismo, surge una crítica al sistema punitivo. Foucault (2001: 16) sostenía que uno de los motivos que terminó con los castigos públicos tenía que ver con la reversibilidad del hecho que igualaba a la justicia con su víctima. Lázaro reflexiona en este sentido: “Desde aquella ora quise mal al mal ciego, y, aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo” (33). Repárese en que “el bueno del ciego” luego de castigar y regocijarse en la punición pasa a ser el “mal ciego”. A partir de ese instante, Lázaro solo piensa en la venganza. Si trazamos una analogía entre el ciego y la sociedad ciega que éste representaría, podemos entrever que la España que todo lo quita y que luego se huelga en el castigo de quien un poco le ha robado, solo recibirá por parte de los despojados una reacción violenta.

El episodio de las uvas se podría entroncar perfectamente con la crítica al sistema judicial esbozado en la primera parte. Si “la ley” es tomar del racimo una uva por vez y el mismo que enuncia el código lo quiebra, poco puede esperarse de quienes deben educarse en el ejemplo. Ya no es la racionalidad jurídica la que prima, sino el instinto. El episodio del nabo por la longaniza refuerza este sentido. Una persona necesitada hasta el punto de amenazar la supervivencia física, ante la ostentación de lo que no puede disfrutar y fuera de la mirada inquisidora de la justicia –ciega– no piensa más que en satisfacer su apetito. Por ende, una

sociedad que multiplique las personas necesitadas, las castigue injustamente y ostente frente a ellas lo que les quita, no tiene más remedio que soportar el crimen y el robo.

Lázaro utiliza dos términos para referirse a la traza de cambiar nabo por longaniza: “Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambio” (39). Nuevamente, la obra se refiere a la especulación como una transacción de pérdida. Si pensamos en la prohibición de las Cortes de cambiar las Letras solo por su valor real, puede colegirse que el cambio generaba pérdida ya que la enorme inflación de los precios trocaría la longaniza en nabo podrido. Finalmente, cuando uno quiere volver a tomar su dinero –como el ciego la longaniza de las entrañas del pícaro–, este se ha convertido en desperdicio: vómito. Además, siguiendo con la analogía, Lázaro-estafador se lamenta por no haberle comido la nariz al ciego, es decir, por no terminar con el organismo encargado de fiscalizar.

El ciego, gran contador de historias, puede con ellas manejar los prejuicios: “Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas, que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sin justicia en no se las reír” (49). Este fragmento evidencia una clave interpretativa también esbozada al final del episodio con el clérigo avaro: “Ahí tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a reírlas” (70). Muchas historias, que son cómicas en su superficie, esconden la atrocidad y el dolor físico de quien las sufre, convirtiendo algo terrible, en una fiesta. Notablemente, el concepto de “pícaro” en nuestra lengua también ha borrado el aspecto trágico. El final de estos episodios pareciera sugerirnos que quién pueda entrever lo trágico en lo cómico, podrá reconocer los problemas sociales bajo la falsa apariencia de la negativización de ciertas figuras desplazadas socialmente.

Al final del incidente se muestra cómo la excusa del ciego a su maltrato se funda precisamente en la diferencia que generó el delito: “más vino me gasta en lavatorios al cabo del año, que yo bebo en dos” (43). Profundicemos el análisis: el vino que uno toma y el otro no, la ostentación, genera el robo. Luego del mismo, quien ostenta castiga, se lamenta y justifica esa punición a partir de la pérdida, fruto de su propia injusticia.

En el tratado segundo, la frase que introduce el pasaje con el clérigo implica un proceso inverso a la particularización que veníamos analizando: “toda la lacería del mundo estaba encerrada en éste: no sé si de su cosecha era o lo había anejado con el hábito de clerecía” (47). Este ir y venir, del episodio concreto a la generalización y viceversa, es una de las características fundamentales de la picaresca y permite el conocimiento a través de la fijación por el ejemplo. Además, hace patente que lo que se critica en el individuo perteneciente a un grupo, vale en su proyección a todo el conjunto.

Normalmente se asocia la avaricia y el arca al que acumula dinero, sin embargo, el arcaz al que se refiere el *Lazarillo* está lleno de pan. La generalización puede proyectarse a una sociedad que transfería gran parte de sus recursos a una Iglesia acaparadora; pero al mismo tiempo, a una sociedad tan pobre que cree acumular riquezas cuando apenas junta lo indispensable para su supervivencia. Otra interpretación posible es la que se relaciona con “el cuerpo de Cristo”. La última cena, en donde el pan simboliza compartir en igualdad de condiciones, se convierte en el signo contrario, el gesto del avaro que lo acumula aunque se lo coman las ratas.

Los diferentes sucesos con el clérigo están enmarcados dentro de una frase que implica la falta de caridad absoluta: “yo me finaba de hambre” (49). La ausencia de humanidad se evidencia desde el principio, una carencia extrema que se opone a la ostentación del otro: “Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el Papa” (50). La frase no solo es perversa con respecto a la situación particular de Lázaro; sino que deja implícito que el que mejor vida tiene en cuanto al derroche material, es el Sumo Pontífice.

La institución eclesiástica sería paradójicamente, la que mayor solicitud tiene en conseguir dinero. En la ceremonia religiosa, el cura solo tiene su atención puesta en la recaudación y el lugar destinado a la Consagración pasa a ser el depósito de lo recaudado en misa. Vemos como las descripciones espaciales y físicas se estructuran meticulosamente en función de la crítica social.

En contrapartida de la acumulación y el derroche material, la necesidad extrema lleva al protagonista a desprenderse de los preceptos éticos convirtiéndolo en un enemigo del género humano: “Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana sino entonces. Y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo” (53). La carestía llevada al extremo de la supervivencia no solo transforma la ética de Lázaro, sino que hiende sus garras en la base de cualquier tipo de construcción social. El grado de descomposición es tal, que Lázaro persiste en su calvario por temor a uno peor. La imposibilidad, no ya de vivir dignamente, sino siquiera de sobrevivir desempeñando un “servicio”, evidencia que no hay manera de conseguir un empleo digno, y que en esa sensación se funda la explotación

de los criados.

El pasaje se cierra con un tópico de la falta de autocrítica: “Y santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, tórnase a meter en casa y cierra su puerta” (71). La inversión es clara, el verdadero pecador es el que se santigua sin reconocer ni reconocerse. En un mundo de avaros, el peor mal es el atentado contra la propiedad privada, el robo al que especula a costa del hambre de los otros.

Al llegar el pícaro a Toledo, el autor hace notar que en España no se quiere introducir al pobre dentro del circuito productivo, sino dentro de la esclavitud improductiva del servicio. En el tratado tercero se invierte la relación entre siervo y escudero ya que es el sirviente el que procura los víveres de su amo a través de la limosna. Además, el escudero evidencia una desconexión con la praxis vital que lo convierte en inútil ante una situación de extrema necesidad. Si Lázaro, ante los límites de la supervivencia persevera a partir de su ingenio; el escudero, por estar atado al paradigma cultural de la honra que no se corresponde con su realidad material, muere de hambre.

Lázaro puede tener aún en esta sociedad egoísta, un gesto caritativo. Si el sacerdote guardaba en un arca externa y material su pan de forma avarienta, Lázaro guarda en el “arca de su seno” el pan que comparte con su amo. Si el pícaro, en el primer tratado, aprende por imitación, luego de la estadía con el sacerdote aprende por contraste. Sabe lo terrible que es pasar hambre y se compadece de quién la siente, ejerciendo así la verdadera caridad según la simbología cristiana, ya que comparte justamente lo que tiene.

Al igual que el clérigo, el “Ayuntamiento” promulga una ley que implica la imposibilidad de supervivencia de Lázaro y su amo: “tanto que nos acaeció estar dos o tres días sin comer bocado” (93). La anécdota deja entrever cómo las leyes no están destinadas al mejoramiento de las condiciones de vida de los pobres ya que prohibir la mendicidad provoca que a la falta de caridad se agregue la crueldad y perversidad del castigo físico directo (azotes) o indirecto (hambre). Al igual que en el episodio del clérigo, la punición se suma a la inanición.

Finalmente son las hilanderas las que terminarán salvando a Lázaro. En este tratado, aparecen los únicos dos actos de caridad asociados a lo más bajo según los conceptos culturales de la época: un mendigo profesional, y mujeres que ejercen el trabajo manual y la prostitución. La caridad, parece expresarnos el movimiento general de la obra, no es propia de las clases privilegiadas sino que puede encontrarse, incluso con más facilidad, en la gente de clase social más baja.

El sexto amo es un buldero profesional. Lázaro siempre se refiere a las actividades de los eclesiásticos como negocios y, así, la escena del engaño en la iglesia no muestra solo una burla, sino también la ignorancia colectiva ante la manipulación ideológica que llega al extremo de generar el llanto en el auditorio. El miedo y la ignorancia son los puntos débiles del pueblo del que se obtienen beneficios monetarios. El negocio equipara lo sagrado con lo vil. Negocio de quien recauda, pero negocio también de quién cree obtener la salvación divina propia y de sus allegados por unas pocas monedas.

En la sociedad de Lázaro solo sobrevive el burlador a costa de los burlados, por ende, la única moral que se aprende es la del ingenio puesto al servicio de la estafa –avalada por el Rey y por el Sumo Pontífice–. Es por eso que en este pasaje, para Lázaro el peor pecado es la ignorancia, dejarse engañar.

En el tratado sexto, el pícaro ingresa en el trabajo por consignación bajo el mando de un capellán-mercader. La explotación que sufre Lázaro era extrema: “Fueme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para vestir muy honradamente de la ropa vieja” (127). A pesar de la esclavitud sistemática y alienante, Lázaro reconoce en el trabajo con retribución monetaria, el primer escalón del ascenso social. En una sociedad materialista, lo único que permite elevar la condición es acumular dinero y cubrirse de una fachada que permita acceder a otros ámbitos.

Finalmente, Lázaro obtiene por sus “contactos” –no por sus capacidades– un oficio real, única forma de asegurarse una estabilidad económica y social. El oficio no es aleatorio, lo que se vende en el mercado es la sangre de Cristo. El pícaro ha cumplido con la profecía del ciego de salvarse por el vino lo cual tiene una importancia considerable ya que evidencia que el autor tensiona el relato hacia el final recuperando el indicio, brindándonos una pauta importante de su trabazón estructural.

El arcipreste, que “sirve” a la instancia superior a la que se dirige Lázaro, infringe la ley al propiciar un matrimonio que encubre su paternidad y negocia con el vino. Por ende, la historia referida no es solamente la defensa de un caso –como sostiene Rico (1998: 121\*)– sino también un chantaje encubierto: “el señor arcipreste de Sant Salvador, mi señor, y servidor y amigo de Vuestra Merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya” (130) [El subrayado es nuestro]. Lázaro refiere muy sutilmente la relación de amistad entre sus superiores y sugiere cómo la confesión de lo sucedido pondría a ambos en problemas.

Este juego sintáctico de doble interpretación abre la posibilidad de complicidad hipócrita de una autoridad eclesiástica, o estatal de alto rango, que pide explicaciones por temor a ver comprometido su buen nombre. Así, se cierra el círculo de hipocresías con que se abría la obra. Lo falso se recubre del barniz legal de la carta-documento y la verdad, paradójicamente, surge a partir del rumor y la maledicencia.

Ante la evidenciación del concubinato entre el arcipreste y la mujer de Lázaro, éste lo inquiera y el eclesiástico le contesta amenazante: “Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará” (132). Parece aclararle que su estabilidad económica y social depende de la hipocresía. La prostitución cierra el círculo con que se había abierto la obra. El final es intensamente irónico. Si se tiene en cuenta la frase que le otorga circularidad al relato (“se arrimó a los buenos” → “acercarse a los buenos”), nos damos cuenta de que los destinos de Lázaro y su madre son paralelos: para evitar la necesidad fisiológica y medrar en la sociedad de la época son necesarios la hipocresía, la prostitución, la apariencia y el afán de lucro.

A partir del presente análisis intentamos mostrar una serie de procedimientos crítico-formales que podrían servir para repensar el género y, por qué no, el realismo:

- El barniz genérico como carta-documento, deja entrever la hipocresía y la falta de coherencia entre lo público y lo privado: la mentira se reviste de carácter legal y el rumor evidencia la verdad.
- El humor, además de la clara funcionalidad del *delectare et prodesse*, es puesto en función de la deconstrucción genérica: los episodios cómicos son a su vez los más trágicos ya que evidencian la falta total de humanidad. El pícaro subsiste a partir de la *traza* pero se sugiere implícitamente la terrible realidad de los que no han alcanzado tal nivel de ingenio
- El diagnóstico de una sociedad que se ha transformado en un medio hipócrita de circulación monetaria y que ha trocado todas las relaciones humanas en relaciones mercantiles y al que hay que *adaptarse* para sobrevivir; donde el dinero excacerba su carácter de fetiche, ya que los personajes rondan en torno a él como si fuera el único Dios. La idea se reitera a partir de las relaciones entre los personajes, las descripciones contextuales, de objetos y de una compleja simbología de desplazamiento (cuerpo y sangre de Cristo → dinero; religión y justicia → negocio)
- La materia textual se presenta a sí misma igual que la problemática central del texto: la caridad. Significación y circulación monetaria se evidencian como un “resto” que debe ser distribuido entre los que experimentan una falta –monetaria o de comprensión.
- La construcción de la genealogía del personaje se pone en función de una crítica social que evidencia la persistencia generacional de los problemas planteados. Se promueve una crítica de la cultura del ocio y el desprecio por las actividades manufactureras a partir de la subversión de la estratificación medieval, mostrando como el dinero compra posiciones de clase}
- El trabajo en diferentes niveles de significación: lectores que operan a partir de la multiplicidad significativa y lectores que no pueden apartarse de una lectura mimética. Ambos niveles son puestos en función de un *reconocimiento* de lo habitual automatizado.
- La recuperación de indicios y la circularidad de la obra permiten entrever un proyecto estructural complejo que supone el manejo de los diversos elementos del relato en función de un plan determinado; donde la descripción de contextos espaciales de lo material no son casuales ni aspiran a un halo costumbrista, sino que están descriptos en función de una crítica política, económica y estética.
- A través de un ir y venir, de la generalización a lo particular, de lo implícito a la concreción plástica y simbólica, se marca un recorrido crítico-didáctico.

- Los personajes son metáfora de los grupos sociales a los que representan y de sus confrontaciones interpersonales pueden deducirse también confrontaciones sociales.
- A partir de la construcción episódica se trabaja en múltiples estratos significativos criticando los diversos sistemas de relaciones sociales: sistema financiero, de intercambio, religioso, punitivo, de relaciones interpersonales, de costumbres, etc. Por ende, puede inferirse que la obra apunta a un proyecto integral de crítica y evidenciación de la realidad social.

Si revisamos la utilización de los procedimientos aquí descriptos podremos tener nuevas bases para la discusión sobre el género y la instauración del realismo en la literatura española. Habría que ir más allá de la simple verosimilitud o de la multiplicidad genérica y pensar que el origen de la picaresca, y por qué no de la novela moderna, está asociado a la utilización y a la subversión de los géneros tradicionales, a partir de una compleja articulación estructural y episódica, proyectando un análisis sociológico integral y trabajando en múltiples niveles de significación en cada uno de los elementos estructurales del relato. La especificidad literaria puede pensarse entonces, como un proceso complejo y multidisciplinario que no pierde de vista en el tratamiento de los diversos planos de análisis, su objetivo central: el de ser una obra de arte que apunte al goce estético.

## **Bibliografía**

- Anónimo (1998), *El Lazarillo de Tormes*, ed. F. Rico, Cátedra, Madrid.
- Foucault, Michel (2001), *Vigilar y Castigar*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Heller, Agnes (1996), *Una revisión de la teoría de las necesidades*, Paidós, Barcelona.
- Marx, Karl (2004) *Manuscritos Económico-filosóficos de 1844*, traducción de Miguel Vedda Fernanda Aren y Silvina Rotenberg, Colihue Clásica, Buenos Aires.